

Violencia en Macondo

Por Carmenza Kline

Doctora en la Universidad de Virginia, USA y Mg. en Literatura en la Universidad de Salamanca. Catedrática en la James Madison University, desde 1987, y profesora visitante de la Universidad Javeriana, donde dicta el curso de posgrado "Literatura y Leyes". Autora de varios libros entre los que se cuentan: *Realidad y Ficción en la obra de García Márquez*, *Apuntes sobre literatura colombiana* y *Violencia en Macondo*.

Gabriel García Márquez empieza a publicar en forma sostenida y permanente cuando es un estudiante universitario. En 1947, el sábado 13 de septiembre, apareció, en la página 8 de la sección "Fin de semana" del diario *El Espectador* de la ciudad de Bogotá, el primer cuento titulado *La tercera resignación*. A partir de esa fecha, da comienzo a lo que podría llamarse su carrera literaria. Un año más tarde, debido a las circunstancias políticas que se desencadenaron por el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán -entre ellas el cierre de la Universidad Nacional donde el escritor adelantaba sus estudios de Derecho- y por la zozobra que se vivía en la ciudad, García Márquez se trasladó a Cartagena con el ánimo -según parece- de continuar allí sus estudios. Es en esa ciudad donde el joven autor da comienzo a su carrera periodística.

El jueves 20 de mayo de 1948, en el diario *El Universal* de esa ciudad, apareció una anónima pero cordial bienvenida a García Márquez en la que se hacía una referencia muy especial a sus cuentos publicados. Al día siguiente, se publicó la que con toda justicia puede considerarse su primera columna periodística, bajo el título genérico de "Punto y aparte". Luego, algunas pocas columnas aparecieron en los meses siguientes con títulos específicos, dando inicio a la trayectoria periodística del futuro Premio Nobel colombiano. Lo curioso es que lo hi-

zo precisamente con un tema que operaría más tarde como uno de los *leit motiv* más determinantes de su novela *El coronel no tiene quien le escriba*: el toque de queda. Así comienza la mencionada columna: "Los habitantes de la ciudad nos habíamos acostumbrado a la garganta metálica que anunciaba el toque de queda... Diariamente a las doce, oíamos allá afuera la claridad cortante que se adelantaba al nuevo día como otro gallo grande, equivocado y absurdo, que había perdido la noción de su tiempo". Exactamente un mes después apareció una columna relacionada con la violencia que vale la pena traer en su totalidad:

Estamos de acuerdo amigo, y compañero. Nosotros, los hombres de esta generación, que hoy asoma a la ribera de la mayor edad, no conocíamos la hechura de la violencia. Nacimos en una época en que la gente desmontaba la sombra para clasificar los bueyes del arado. A nuestra espalda, como una lejana flora extinguida, desaparecían las fogatas de la guerra civil. Sabíamos que la paz era verdad porque ocupaba todos los volúmenes que llenaban de color nuestros sentidos. Sabíamos que ella estaba allí, en el crujir de las carretas que se traían el campo fruta por fruta. En la estatura del camino que se movía empujado por un poderoso viento sin cadenas. En la fuerza del minero que taladraba el vientre de la montaña para encontrar el sitio inmemorial donde se durmieron los luceros. Estaba en la nuca de la novia, en la saciedad del obrero, en la carta del soldado, en la música de las turbinas, en la proa de los barcos, en la esclavitud del pan y en la libertad de los caballos.

Dice usted, amigo mío, que nuestro sueño tejía una madeja de mansedumbre que romperá el grito de nuestros hijos cuando se asomen al abismo de las pesadillas. Tal vez tenga usted razón. Este mundo que nos entregan nuestros mayores tiene un olor de barricada. La ventana donde nuestra infancia esperó el regreso de la lluvia tiene la dimensión de una trinchera. Nadie podrá obligarnos a que seamos hombres de

buena voluntad, ahora que en nuestros huesos han dejado prosperar el trigo de la muerte. En nuestro ámbito no cabe sino el fantasma del espanto, porque hemos aprendido de la experiencia que no es más serena la vida ni más tranquilo el sueño a la sombra de las bayonetas.

“Una mala paz es todavía peor que la guerra.” No está de más que recordemos en esta hora las palabras de Tácito, aunque sí sobraría decir por qué debemos recordarlas.

Parece una recurrencia, cada vez que se trata algún tema relacionado con Colombia, vincularlo al asunto de la violencia. Es, sin duda, una de las perturbaciones más graves para la existencia misma de la sociedad y para la consolidación de un proyecto político que marque un rumbo y ofrezca un propósito a los asociados. Un proceso de devastación social y humana, largo y complejo, que plantea problemas diversos. Hay aquí varios asuntos que vale la pena examinar para poder entender por qué García Márquez comienza su carrera periodística haciendo referencia al tema de la violencia. En primer término la situación política del país. El enfrentamiento tradicional entre el partido liberal y el partido conservador que en ese tiempo había llegado a uno de sus puntos álgidos, después de una hegemonía conservadora que cubrió los primeros treinta años del siglo XX. Con Enrique Olaya, quien ganó las elecciones a la presidencia 1930-1934, se le devuelve al partido liberal la posibilidad de liderar, después de una serie de acontecimientos cruciales como fue la matanza de las bananeras en 1928 que, por su magnitud y crueldad, demostró la total incapacidad del conservatismo para manejar la situación de los obreros. A esto podemos añadir la quiebra del sentido moral que se había hecho presente en la administración de Bogotá convirtiéndose en una mafia nacional que se fue adueñando de las dos empresas más ricas: el Acueducto y el Tranvía. A lo dicho anteriormente podemos añadir la pésima inversión

de los recursos externos e internos y el exceso de capitales de procedencia extranjera.

Jorge Eliécer Gaitán se había caracterizado como un líder liberal, su carrera se inició en el Senado cuando, en 1929, denunció la masacre de las bananeras y acusó a la casta oligárquica, no conservadora o liberal, sino la casta que, separada del país político y social, había conducido los acontecimientos que tenían al país hundido en una crisis. Veinte años más tarde Gaitán es un líder político liberal incontestable, un seguro candidato a las próximas elecciones, un poderoso caudillo popular con un inmenso ascendiente sobre amplias masas del pueblo. Su asesinato, el 9 de abril de 1948, sumió al país en una de sus más profundas crisis. El crimen cometido en su persona fue la gota que rebosó la copa y desencadenó una serie de motines y levantamientos armados en Bogotá que se extendieron a otras ciudades del país, en especial a aquellas que contaban con una amplia concentración obrera y popular.

García Márquez vivió de cerca muchos de estos acontecimientos, una revuelta social que se conoció como *El bogotazo*. “El 9 de abril le prueba a García Márquez cuán débiles eran sus intelectuales cuentos kafkianos, reunidos en *Ojos de perro azul*. Frente a aquel espectáculo desbordante de una ciudad en llamas -Bogotá- y un pueblo desorientado por el asesinato de su líder -Jorge Eliécer Gaitán- muy pronto habría de recobrar el rumbo, y mantenerlo firme, no incendiando tiendas sino escribiendo novelas. De ese propósito surgen *El coronel no tiene quien le escriba*, reescrito nueve veces, e incluso *Cien años de soledad*” (Cobo-Borda, 1984).

Como columnista del diario *El Universal* de Cartagena, García Márquez sentiría, si bien no en forma directa, sí por su omnímoda presencia, los rigores de la censura de prensa, en la vigilancia permanente a todos los periódicos del país, así como las solicitudes expresas de las autoridades gubernamentales de omitir ciertos hechos o, al menos, de

no hacer menciones sobre reiteradas medidas represivas asumidas por el gobierno. Las páginas apenas armadas de los periódicos liberales deberían pasar por la rigurosa observación de su contenido en las oficinas de la Dirección Nacional de Prensa (Dinape) en donde eran alteradas o rechazadas. En cierta ocasión fue necesario pedirle al redactor anónimo de la página editorial (y parece ser que se trataba del mismo García Márquez) que se abstuviera de seguir insistiendo en pedir aclaraciones oficiales sobre la matanza de civiles que tuvo lugar en El Carmen de Bolívar (región de la Costa de Colombia), donde la policía comenzó a disparar contra los participantes de una pacífica procesión religiosa.

García Márquez fue sacando notas anónimas en las que pedía aclaraciones oficiales sobre el drama. Bastaría dar una ojeada a los periódicos de la época para encontrar en repetidas ocasiones una especie de avisos que aparecieron colocados al final de la columna del escritor en los que se lee: ESTA EDICION HA SIDO CENSURADA. En esas circunstancias, entonces, es apenas lógico que muchos acontecimientos nacionales, así como temas de actualidad internacional, sean cuidadosamente omitidos por el escritor.

De allí que el pensamiento político de García Márquez no haya tenido mayores posibilidades de expresión directa mediante el periodismo. Por eso no puede extrañar a nadie que la primera columna del escritor haga referencia a la "garganta metálica que anunciaba el toque de queda" y, menos aún, que en muchas de sus ficciones se incorpore este elemento que los colombianos han vivido, y que en su obra *El coronel no tiene quien le escriba* el toque de queda sea incorporado a la cotidianidad del pueblo estragado por la violencia. Así como lo expresa con toda la franqueza y la brutalidad de que es capaz uno de sus personajes en *La Hojarasca*, "usted no sabe lo que es levantarse todas las mañanas con la seguridad de que lo matarán a uno, y que pasen diez años sin que lo maten".

De lo anterior pueden desprenderse varias cosas. En primer lugar, una temática de autor que refleja en su transposición el clima de violencia que se vive en el país. En segundo lugar un compromiso social y político por parte del escritor con el medio que lo rodea, con su entorno; así este último se limite a dar cuenta de lo que sucede. Un compromiso con el medio como lo ha tenido cada autor a su manera y a su tiempo, sin que esto signifique una militancia obligatoria ya que siempre García Márquez ha sido tremendamente celoso de su independencia, de su autonomía y de su libertad absoluta. Combinando muy bien su carrera literaria con la periodística, en una forma inteligente y brillante, ha sabido imprimir a las columnas de prensa una atmósfera literaria y, de igual forma, ha sabido alterar en buena medida algunas de las tradicionales formas de contar en la literatura, al incorporar allí una serie de rasgos distintivos del oficio periodístico, como son el tono, las precisiones numéricas y temporales. Nos ha deleitado por años con su maestría en el manejo del lenguaje, con la habilidad que tiene para contar aquellos temas humanos, la soledad y la espera, el olvido y la indiferencia presentes, pero narrados en una forma distinta, en un estilo para cada uno.

Cualquier proceso literario, sin importar la etapa de desarrollo en que se encuentre, debate y cuestiona el grado de apertura en que se halla, de allí que es importante detenerse en la lectura de una obra en el contexto histórico literario, y en la literatura colombiana tenemos que considerar el contexto socio cultural a la luz de uno de los más desgarradores dramas del acontecer nacional: la violencia colombiana. Nada mejor que acudir a un texto de García Márquez, publicado el 9 de octubre de 1959, en el número 103 de la revista *La calle*, titulado: "Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia".

En dicho texto, García Márquez formula una serie de consideraciones sobre el problema de la crea-

ción artística y las implicaciones que de ésta se desprenden, cuando los escritores se encuentran frente a -para llamarlo de algún modo- la exigencia de una sociedad que demanda un “compromiso”:

Las personas de temperamento político, y tanto más cuanto más a la izquierda se sientan situadas, consideran como un deber doctrinario presionar a los amigos escritores en el sentido de que escriban libros políticos. (...) Tal vez ninguna circunstancia de la vida colombiana ha dado más motivo a ese género de presiones que la violencia colombiana de los últimos años. Una pregunta oyen con frecuencia los escritores: ¿Cuándo escribe algo sobre la violencia? O también un reproche directo: “No es justo que cuando en Colombia ha habido 300.000 muertes atroces en diez años, los novelistas sean indiferentes a ese drama”. La literatura, suponen sin matices preguntantes y reprochadores, es un arma poderosa que no debe permanecer neutral en la contienda política.

A partir de este planteamiento inicial, el novelista hace una serie de reflexiones que lo conducen a afirmar, con razón, que si bien algunos escritores están de acuerdo con esa formulación, ninguno de ellos envidia los resultados, por la sencilla razón de que no pudieron resolver la contradicción existente entre sus experiencias vitales y su formación teórica. A continuación García Márquez entra en un somero balance de la “novela de la violencia” y anota:

No es asombroso que el material literario y político más desgarrador del presente siglo en Colombia, no haya producido ni un escritor ni un caudillo. Por lo menos en lo que corresponde a la literatura, la cosa parece tener explicaciones. En primer término, ninguno de los señores que escribieron novelas de violencia por haberla visto, tenía según parece suficiente experiencia literaria para componer su testimonio con cierta validez, después de reponerse del atoniamiento que con razón le produjo el impacto.

Otros, al parecer, se sintieron más escritores de lo que eran, y sus terribles pesadillas sucumbieron en la retórica de la máquina de escribir. Otros, también, al parecer, despilfarraron sus testimonios tratando de acomodarlos a la fuerza dentro de sus formas políticas. (...).

Había que esperar que los mejores narradores de la violencia fueran sus testigos. Pero el caso parece ser que éstos no se dieron cuenta de que estaban en presencia de una gran novela, y no tuvieron la serenidad ni la paciencia, pero ni siquiera la astucia de tomarse el tiempo que necesitaban para aprender a escribirla.

García Márquez cuestiona en este artículo el hecho de que los escritores colombianos no se hayan tomado el tiempo para preguntarse si:

...lo más importante, humana y por tanto literariamente, eran los muertos o los vivos. (...) La novela [responde el escritor] no estaba en los muertos de tripas sacadas, sino en los vivos que debieron sudar hielos en su escondite, sabiendo que a cada latido del corazón corrían el riesgo que les sacaran las tripas. Así quienes vieron la violencia y tuvieron vida para contarla, no se dieron cuenta en la carrera de que la novela no quedaba atrás, en la placita arrasada, sino que la llevaban dentro de ellos mismos.

Haciendo uso de un buen balance analítico, García Márquez plantea en este mismo texto que ningún drama humano es unilateral:

Quienes vuelvan alguna vez sobre el tema de la violencia en Colombia, tendrán que reconocer que el drama no era solo el del perseguido, sino también el del perseguidor. Que por lo menos una vez, frente al cadáver destrozado del pobre campesino, debió coincidir el pobre policía de a ochenta pesos, sintiendo miedo de matar, pero matando para evitar que lo mataran. *Porque no hay drama humano*

que pueda ser definitivamente unilateral. (El subrayado es nuestro)

Es decir, en la novela no se trata de personajes planos, de arquetipos ideales, sino de seres humanos. En pocas palabras, de personajes con interioridad que, a semejanza de los seres humanos, tienen pasiones y sentimientos, se dejan llevar por los impulsos y los acosan los miedos y la duda, sin que esta condición los coloque necesariamente en un bando u otro, en una división irreal y maniquea:

Con todo, un valioso servicio nos han prestado los testigos de la violencia, al imprimir sus testimonios en bruto. Hay que confiar en que ellos prestarán buena ayuda a quienes sobrevivieron a la violencia y se están tomando el tiempo para aprender a escribirla, y en todo caso a los numerosos niños que la padecieron como una pesadilla de la infancia y ahora están creciendo... que sirva de algo el contenido político que tendrá sin remedio, en cualquier tiempo.

Hoy en día, con la perspectiva que otorga la trayectoria literaria de García Márquez, es fácil apreciar que ha sido él mismo, con la claridad que exhibe en "Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia", quien viene a resolver en forma satisfactoria, desde el punto de vista literario, el tema de la Violencia en la novela. *La hojarasca*, *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora* constituyen un ejemplo perfecto de lo anterior. Tres obras donde el escritor recrea las diversas expresiones de esa violencia, antes que atender al número de muertos que han quedado, lo que importa son los que sobreviven llenos de terror y soledad en pueblos oscuros, sometidos a regímenes de miedo y de horror psicológico y moral. *Cien años de soledad*, por su parte, hará gala de una destreza insuperable en el manejo de esa temática y mostrará muchas de las diversas facetas de la Violencia, a través de distintas circunstancias y muy diversos personajes atrapados

en las redes del olvido y la nostalgia, esperando que les llegue una segunda oportunidad que les permita vivir sin tantas luchas fratricidas, cuyo resultado ha sido dejar al país en estado de devastación económica, social y moral.

La aparición de *Cien años de soledad* no estuvo precedida de ningún premio, ni de una promoción especial, al menos en lo que hace referencia a Colombia. Es más, incluso podría decirse que en Argentina también en un principio pasó un poco inadvertida, si se tiene en cuenta que sólo llegaron unos pocos ejemplares de la primera edición que se agotó en breves semanas. La primera noticia sobre la novela apareció en el periódico *El Tiempo*: "solamente por el forro vamos a conocer los colombianos *Cien años de soledad*, la primera verdadera novela de Gabriel García Márquez" (16-07-67).

Desde la perspectiva que esta novela le confiere a cualquier lector, es fácil comprender que la obra es ante todo una búsqueda de estilo, al tiempo que es también la búsqueda de una patria. A veces las dos se confunden, se unen, como bien lo dijo Mario Vargas Llosa en su artículo "Cien años de soledad: una forma total", de 1973:

La ambición totalizadora de la materia de *Cien años de soledad* significaría poca cosa si García Márquez no hubiera encontrado una forma capaz de realizarla, ciertos métodos de escritura, cierta estrategia de composición que reflejaran la autosuficiencia de la realidad ficticia, su carácter acabado. *Cien años de soledad* es uno de los pocos ejemplos de novela contemporánea cuya estructura haya plasmado tan eficazmente ese instinto "totalizador" que anima a toda materia narrativa.

Mucho es lo que se ha dicho y escrito sobre *Cien años de soledad*, se ha creado en síntesis "la manía interpretativa" sobre lo que quiso decir García Márquez cuando dijo una cosa, o cuando escribió otra. Esto ha generado la formación de una ma-

raña que se interpone de manera manifiesta -como si se tratara de una muralla infranqueable- entre la obra del escritor colombiano y el lector. Al estudiar la novela se han olvidado las implicaciones primarias, las raíces originarias, eso que Carpentier llamó los contextos. *Cien años de soledad* debe ser considerada, primero, en un nivel regional y nacional y, luego, en un nivel continental. La novela de García Márquez tiene un carácter profundamente idiosincrásico, pues presenta la naturaleza y la historia colombianas, la vida y los caracteres nacionales, los problemas políticos y sociales vigentes en el país y, por extensión, en otros países latinoamericanos.

Con la fuerza de su talento, con acendrado amor por sus personajes, el escritor venció fronteras nacionales y continentales, e imprimió a los protagonistas de su obra y a los acontecimientos en ella referidos un monumentalismo épico que la convierte en creación universal. Desde esa perspectiva logró un triunfo sobre el olvido, sobre la acción corrosiva y amnésica que genera, por un lado, el medio tropical con su inclemente sucesión veloz y perenne de los ciclos vegetativos y, por otro, la concepción etnocentrista, discriminatoria por excelencia, que condena a buena parte de la humanidad a padecer unos designios determinados por otros. El trópico y el etnocentrismo no sólo favorecen el olvido, sino que incluso se identifican con esa extraña fuerza que nos priva de la facultad de recordar, hasta ser sinónimo de amnesia y conducir a la dolorosa revelación de que América Latina no tiene memoria. Y en este sentido, escribir es asimilable a la acción de **conservar**, cuando esta última -a su vez- es generadora de ese proceso que consiste en **reconocer**.

En *Cien años de soledad* encontramos la metáfora colombiana en relación con la historia y el factor permanente de la violencia. La matanza de las bananeras, la guerra de los Mil Días (1898-1902) que marcan, desde el punto de vista del devenir histórico, el tránsito del país hacia el siglo XX. "El problema de la paz en Colombia -declaró García Már-

quez en 1985 a la revista colombiana *Semana*- no es el de la guerrilla. Es el de la violencia política que viene desde los comuneros. En Colombia no ha habido prácticamente un día sin guerra civil"¹. Nos encontramos en un tiempo que gira circularmente y en el que se repiten una y otra vez los mismos hechos. Aureliano Buendía hace y deshace una y otra vez sus pescaditos; Amaranta teje y desteje una mortaja que nunca termina; Úrsula, ciega, con su desmedida clarividencia. Proyectos nunca concluidos, o terminados demasiado tarde.

José Arcadio Buendía, "tratando de demostrar los efectos de la lupa en la tropa enemiga", pasa los años esperando una respuesta del gobierno que nunca llega. Representación de la repetición consuetudinaria que caracteriza el proceso histórico de Colombia. Repetición de las costumbres, de los comportamientos, las aventuras y los riesgos; pero sobre todo de la soledad que a todos los habita y los envuelve, junto con la presencia amenazante de un temor siempre reiterado del tabú del incesto y del homicidio, que van a ser factores determinantes de la destrucción y el desgaste progresivo de las potencialidades de la familia Buendía. Cada crisis colombiana ha sido el resultado de la confrontación violenta de diversos grupos en conflicto, para terminar siempre en negociaciones que conducen luego a las amnistías para los insurrectos y a los procesos de rehabilitación de zonas devastadas. Hacer, deshacer y volver a hacer las cosas como Amaranta Ursula, quien "...siempre encontraba el modo de estar ocupada, resolviendo problemas domésticos que ella misma creaba".

Como anteriormente dijimos, para García Márquez es importante el proceso de **reconocer**, de indagar en el pasado. La mirada hacia atrás tiene sentido no sólo para saber de dónde se viene -a diferencia de los habitantes de Macondo cuando son víctimas de la enfermedad del insomnio, de la peste de la idiotez sin pasado- sino también para saber de qué sustancias, de qué elementos, se ha ido for-

1 Entrevista con María Elvira Samper publicada en el Nº 157 de la revista colombiana *Semana* en mayo de 1985.

mando el perfil ciudadano, las características más peculiares de una identidad nacional. **Reconocer** que “la soledad como bien lo ha dicho el escritor es lo contrario de la solidaridad”. “La frustración de los Buendía proviene de su soledad, o sea de su falta de solidaridad -nos dice el autor-, la frustración de Macondo viene de ahí, y la frustración de todo, de todo, de todo”, nos insiste.

Tanto en la obra anterior a *Cien años de soledad*, como en la que le sigue, existen elementos comunes, obsesiones que van y vienen, estructuras literarias y manejos del idioma que permiten emparentar temas recurrentes, lazos comunicantes que conducen a la ampliación de esos universos narrativos parciales, pero sin duda podemos decir que el tema central de su obra es *La Violencia*. Cada historia que nos deja, cada narración de anécdotas, fascinada por la peripecia y la aventura, va dejando en el lector la captura de un fragmento, de un todo inabarcable, inagotable, mutante, así como de una realidad real colombiana.

Demos una mirada a *Crónica de una muerte anunciada* (1981) una especie de *tour de force* en el que García Márquez pone a prueba, y sale airoso, todo su talento narrativo. Desde sus primeras líneas se sabe que Santiago Nasar, el protagonista, va a morir y el relato será la recreación de las escasas horas que preceden a su muerte. Se trata de la narración de un hecho que sucedió muchos años atrás y del cual hizo parte -si se quiere como mero testigo- el escritor, y en donde cada uno de los acontecimientos relatados no es otra cosa que una transposición con mínimas variables de los hechos sucedidos. Aquí se expresa claramente la apatía y en cierta forma la manera en que el pueblo se ha acostumbrado a la violencia; todos en una forma u otra participan del crimen, nadie hace nada para pararlo y parece como si se recrearan en ello. Un estado de total inconciencia, de derrota social y moral, que nos viene acompañando a través de nuestra historia.

Somos concientes de nuestros males, pero nos hemos desgastado luchando contra los síntomas mientras las causas se eternizan. Nos han escrito y oficializado una versión complaciente de la historia, hecha más para esconder que para clarificar, en la cual se perpetúan vicios originales, se ganan batallas que nunca se dieron y se sacralizan glorias que nunca conocimos. Pues nos complacemos en el ensueño de que la historia no se parezca a la Colombia en que vivimos, sino que Colombia termine por parecerse a su historia escrita².

Con motivo de la aparición de la novela *El general en su laberinto* (1989) se formularán opiniones dispares y hasta la misma Academia Colombiana de Historia la considerará “irreverente”, al encontrar que la novela nos muestra un Bolívar humano y no esa imagen mítica de cartón que tradicionalmente se ha tenido del Libertador. “Es un libro vengativo”, nos dice García Márquez, y agrega: “Ese culto desmesurado y sacralizado de Bolívar no es más que un sentimiento atávico de culpa de los que lo trataron como a un perro”³. Acaso la novela sobre Bolívar puede leerse desde la perspectiva sobre la historia de Colombia: “nos han escrito y oficializado una versión complaciente de la historia, hecha más para esconder que para clarificar”, por eso Conrado Zuluaga (2001), uno de los críticos que más seriamente ha estudiado la obra de García Márquez, nos dice en relación con *El general en su laberinto*: “no sería extraño llegar a la sorprendente comprobación de que hay más ‘verdad histórica’ en la ‘verdad literaria’, que la que puede encontrarse en la versión oficial, tejida por los hilos de la intriga y la conveniencia durante ciento cincuenta años”.

El entusiasmo y la curiosidad por la obra de García Márquez nunca han disminuido desde que se despertó este proceso de lectura con *Cien años de soledad*, y por eso no es de extrañar que *Noticia de un secuestro*, que hizo su aparición en la Feria Internacional del Libro en Bogotá, en mayo de 1996, se

2 Fragmento de la nota “Por un país al alcance de los niños” que García Márquez publicó en *El Tiempo* de Bogotá, el 23 de julio de 1994.

3 Entrevista con María Elvira Samper publicada en el Nº 358 de la revista colombiana *Semana* en marzo de 1989.

anunciara desde mucho antes -poco más de un año-; ni tampoco se puede considerar sorpresa que en diferentes latitudes del mundo se considerara como otra de las creaciones fantásticas del escritor a la que seguramente harían parte del tan mal llamado Realismo Mágico. Lo que no se puede ignorar es que las 336 páginas de *Noticia de un secuestro* componen un libro escalofriante tanto para sus lectores colombianos como para aquellos que están al corriente de lo que, por casi tres décadas, ha vivido Colombia con el flagelo del narcotráfico. Toda la violencia y las secuelas que éste ha dejado, por donde quiera que ha pasado, impregnando el país como si se tratara de una condición natural. Como bien leemos en la obra, esto "es sólo un episodio del holocausto bíblico en que Colombia se consume desde hace más de veinte años".

En *Noticia de un secuestro*, aparecen personajes de la vida real que sufrieron la persecución del capo Pablo Escobar. En esta obra de periodismo y literatura se narran nueve secuestros, nueve personas, entre ellas seis periodistas. Dos de las secuestradas fueron asesinadas. Es de sumo interés recordar, como lo dijimos anteriormente, que en la primera columna periodística de García Márquez nos encontramos con la referencia hecha "al toque de queda", un ambiente de zozobra, de poca paz y tranquilidad que reinaba en el país. Parece que casi medio siglo más tarde, cuando García Márquez vuelve al periodismo, el país se encuentra igual o quizás peor. El escritor, empleando magistralmente los recursos de ambos géneros -periodismo y literatura, crónica y novela-, crea una obra fascinante, con la precisión informativa del periodismo y la intuición creativa del novelista. Después de la lectura de este libro escalofriante no nos queda más que preguntarnos si es que nuestro Premio Nobel de Literatura ha querido llevarnos de la mano a través de la historia, para luego colocarnos en un presente y hacernos ver que es tiempo de que el pueblo colombiano tome una conciencia social; de que es tiem-

po de parar ese fenómeno con "cola de cerdo", llamado violencia, y hacer de Colombia un país:

Que canalice hacia la vida la inmensa energía creadora que durante siglos hemos despilfarrado en la depredación y la violencia, y nos abra al fin la segunda oportunidad sobre la tierra que no tuvo la estirpe desgraciada del coronel Aureliano Buendía. Por el país próspero y justo que soñamos; al alcance de los niños⁴.

Bibliografía

- COBO BORDA, J.G. *Vuelta en redondo en torno a Gabriel García Márquez*. Eco, Bogotá, 1984.
- GARCÍA MÁRQUEZ, G. "La tercera resignación", Bogotá, *El Espectador*, 13 de septiembre de 1947.
- _____ "Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia", Bogotá, *La calle*, N° 103, 1959.
- _____ *Textos costeños. Obra periodística*. Vol. I, Bruguera, España, 1981.
- _____ *El coronel no tiene quien le escriba*. Oveja Negra, Bogotá, 1961.
- _____ *Cien años de soledad*. Cátedra, España, 1991.
- _____ *El general en su laberinto*. Mondadori, España, 1989.
- _____ *Crónica de una muerte anunciada*. Oveja Negra, Bogotá, 1981.
- _____ *Noticia de un secuestro*. Norma, Bogotá, 1996.
- _____ "Por un país al alcance de los niños". Bogotá, *El Tiempo*, 23 de julio de 1994.
- KLINE, C. *Los orígenes del relato. Los lazos entre ficción y realidad en la obra de Gabriel García Márquez*, Ediciones Universidad de Salamanca, España, 2003.
- _____ *Violencia en Macondo. Tema recurrente en la obra de García Márquez*. Fundación general de la Universidad de Salamanca, Bogotá, 2002.

4 Fragmento de la nota "Por un país al alcance de los niños", Op. Cit.

-SAMPER, M.E. "Entrevista con García Márquez", en *Semana*, N° 157, Bogotá, mayo de 1985.

_____ "Es un libro vengativo", en *Semana*, N° 358, Bogotá, 1989.

-VARGAS LLOSA, M. "Cien años de soledad: una forma total". En *Nueva narrativa Hispanoamericana*, Vol. III, 1973.

-ZULUAGA OSORIO, C. *Puerta abierta a Gabriel García Márquez*, Editorial Casiopea, Bogotá, 2001.